

## Joseph Wresinski, destructor de ídolos, provocador de sociedad

*Jean-Claude Caillaux*

*Las verdaderas respuestas, Eliezer, sólo las encontrarás en ti mismo,* decía Moshé-le-bedeau (el pertiguero) a Elie Wiesel cuando era niño.<sup>1</sup>

Por esta razón, es preciso estar atento a las preguntas sin llegar a perderse, si es posible, en la acumulación de respuestas.

Permitidme que, de entrada, diga que Joseph Wresinski me parece que aporta más preguntas que respuestas. Por otra parte, no es imposible que la tendencia a buscar en él (y por supuesto a encontrar) respuestas a cada una de las grandes cuestiones contemporáneas no sea en definitiva más que una resistencia a dejar que resuenen las preguntas que plantea. Wresinski plantea preguntas profundas sobre las realidades. ¿Por qué habríamos de querer que hubiese respuestas? ¿No bastarían las preguntas? A menos que queramos transformarlas en almanaque, aséptico y al día, moderno, como se diría, al corriente del último grito y, por consiguiente, inofensivas. ¿Como si la importancia de alguien se valorara por su capacidad para responder! ¿Sabéis? Sería la creación completa de un Wresinski-contestador-automático-de-las-informaciones-por-teléfono! Tan feliz y haciéndoos perder el tiempo ¿no es eso?

Y sin embargo me gustaría confesaros algo (y no os confío nada que quisiera guardar en secreto; lo diría en cualquier parte y a cualquiera): cuando en algún lugar me parece que Joseph Wresinski tiene un reconocimiento, que se está listo para aceptar su pensamiento de manera global, me pregunto: pero, ¿qué es lo que se ha reconocido? ¿A quién se reconoce? ¿Qué se reconoce? ¿Se sabe en qué medida este pensamiento y esta experiencia de vida conducen al peligro? ¿Manipularíais con la misma desenvoltura un cartucho de dinamita? Por supuesto que no. Pues bien, Wresinski ¡es eso! ¿Cómo vamos a cambiar las cosas a partir de lo que está más denigrado, cómo ir hasta el fondo del ser humano para desalojar lo que se resiste a la humanidad en aquellos a los que nadie quiere debido a su desgracia? A veces me digo (y no excluyo que pueda estar equivocado, me planteo una pregunta y no tengo respuesta): si los poderosos supieran verdaderamente a qué se refieren cuando hablan de Wresinski, ¿seguirían con sus bailes de salón corno en las recepciones de otros tiempos?

Me gustaría compartir con vosotros un punto de vista sobre Joseph Wresinski. Un simple punto de vista. Más allá del Movimiento que ha creado, me parece que tiene un contenido que desborda por todas partes las fronteras visibles de sus compromisos. Este mensaje, aunque claramente identificado por estar arraigado en la singularidad de un combate, se encuentra plenamente en condiciones de dirigirse a cualquiera, sea cual sea la

naturaleza de lo que le moviliza profundamente. La cuestión es que esta palabra, este mensaje, idéntico en esto a las exhortaciones de otros entre los que quiero citar a Gandhi, Martin Luther King y, en Francia, alguien como Macaire, tiene su origen en lo que constituye la universalidad de lo humano, lo humano de lo humano, esta universalidad que, como sabéis, siempre tiene que ver con la mayor debilidad. También sucede que este mensaje no se ha quedado por ello dentro de las fronteras cercanas a su aparición. También ha sobrepasado radicalmente la dimensión regional de su implicación primitiva.

Permitidme decir, entre paréntesis, una palabra sobre la universalidad. Un ser humano no es universal porque pudiera manifestarse en todas las culturas. Según el dicho popular, sería entonces traicionado y pronto le habríamos transformado en verdad sin fundamento y por lo tanto le habríamos convertido en totalmente mudo, quiero decir, incapaz de cuestionar.

Un ser humano y su pensamiento son universales si tienen capacidad para interrogar a todas las culturas. De hecho, la universalidad depende de los que reciben.

No es Wresinski quien es universal, en sí, sino cada uno de nosotros que traducimos este pensamiento y esta experiencia de vida universales en la medida en que se han convertido realmente en un espacio donde dejarse interrogar en todo lo que tiene que ver, en cada cultura, con la idolatría.

Las respuestas nunca son universales. El cuestionamiento, en sí, tiene este valor porque reúne lo esencial y se puede entender en el origen mismo de donde procede.

Yo no buscaría pues, lo habéis adivinado, inventar aquí y ahora, no sé qué lenguaje que os hiciera converger a cada uno de vosotros desde la singularidad de su cultura o de su civilización. Eso sería inútil, simplemente porque no sería más que una ilusión: el don de ubicuidad no es más que un señuelo en imitación de la omnipotencia y su voluntad.

Imaginemos, es fácil reducir a Joseph Wresinski a la fundación de un Movimiento, a la animación de acciones contra la gran pobreza o a su pericia en la evaluación. Es fácil, pero, sobre todo, es quedarse corto. Porque la experiencia ancestral ¿no indica que la ayuda a los pobres, cualquiera que sea la forma en que se ha dado a conocer, nunca ha cuestionado de forma duradera a las personas, ni a las sociedades, ni a los políticos, ni a los ideales, ni siquiera a los dioses?

Ciertamente se dirá de Joseph Wresinski que ha “instituido” una forma nueva de ayuda. No insisto en este aspecto. Es algo bien conocido. Pero por importante y muchas veces innovadora que sea esta aportación de Wresinski a la sociedad de su tiempo, me parece que su cuestionamiento esencial es otra cosa y se puede resumir en esta frase lapidaria de una carta de 1981: *¿Cómo dar testimonio del amor, ser provocador de sociedad y demolidor de ídolos?* Lo que se podría volver a expresar con una sola palabra, la de *contestación*. Sé perfectamente que este término ha sido mancillado con frecuencia,

sinónimo de protesta anárquica o de oposición enfermiza a la autoridad... En realidad la contestación implica el testimonio (esa es su etimología: *contestari*) y la lucha contra la idolatría, es decir, contra la ilusión de la posesión del sentido común. Contesta el que llega a plantear, al lado de comportamientos o razonamientos utilizados por costumbre, una forma de ver, de actuar y de ser diferente, porque ello comporta dar un testimonio. Ha visto lo que los demás no han visto y necesita decirlo para servir a la verdad.

¿Qué viene a contestar o a trastornar realmente Joseph Wresinski? Ante la indiferencia a la desgracia, Joseph Wresinski pensaba que debemos ir hasta el extremo de nuestra propia humanidad, porque es con esa actitud interior como podríamos llegar al *significado de la desesperación de los muy pobres*<sup>ii</sup> sin lo cual no podríamos revelar al mundo su esperanza. Bastaría, pensaba él, con ir hasta el final de ese camino de presencia para trastornar al mundo.

Nos invita a una aventura sin retomo y sin reservas, fuera de la propia casa y de lo conocido.

Para expresarme con más claridad me gustaría hacer referencia a dos grandes tradiciones, la griega y la semítica, a través de la *Odisea* de Homero por una parte y la Biblia por otra, dos textos que no por ser singulares pierden la huella de lo esencial del trayecto humano. Para los que no están familiarizados con estas dos tradiciones, gran matriz de Occidente, baste precisar que la *Odisea* narra el viaje que hace el héroe Ulises, después de una guerra, la guerra de Troya, para volver a su casa, en Itaca, la isla donde nació y donde le espera su esposa. La Biblia por su parte cuenta, en el libro del Génesis, la salida de Abraham; éste ha oído en su interior una llamada a ir hacia un país cuyo nombre no se le ha confiado.

Decía pues que Wresinski generaba en nosotros la exigencia de una marcha hacia otro lugar y otras formas. Ya no es el viaje circular de Ulises que vuelve a su lugar de nacimiento, sino la búsqueda de Abraham en camino hacia lo desconocido. La idolatría está del lado de Ulises, nuestro hermano gemelo, en el que la vuelta a su isla natal no es en definitiva más que una forma de quedarse donde está, de negarse a abandonar lo que le identifica. Este Ulises es el modelo de la gran tentación de cada ser humano, que es la de volver sin cesar a la situación que ha experimentado personalmente, lo que es de hecho una forma de pararse en el camino porque lo que fue descubierto en el transcurso del viaje fue revestido de un valor absoluto. Se da la idolatría cuando, de una u otra forma, hemos dejado que nuestra acción, nuestro compromiso, nuestro pensamiento, nuestra fe para los que creen, se erijan en ciudadela inexpugnable, imperio personal de nuestras convicciones, respuesta al miedo y la inseguridad que habitan en nosotros. (Digamos entre paréntesis, que hay heroísmos que no son otra cosa que actos de “sálvese quien pueda”). Idolatría en fin, cada vez que no queremos, o ya no queremos, abandonar un lugar, atravesar el vado, dejamos desposeer, con la ilusión, indecible pero real, de que todavía tenemos que cultivar terrenos que sin embargo se han vuelto estériles...

La actitud idólatra, en una palabra, anula la exigencia interior que nos llama a ir más lejos, a ir a otra parte; nos impide ir *hasta el extremo* de lo emprendido (por recuperar una expresión que utilizaba mucho Wresinski). Precisamente esta exigencia de ir más allá de lo registrado en los mapas de carreteras es lo que da miedo y que hace huir.

Por el contrario, la actitud de Abraham accede a lo desconocido que es ausencia de respuesta tanto como de seguridad. Más aún, con Abraham, el desplazamiento exigido se encuentra dentro de sí mismo: *Lekh lekha* dice el texto original, que se traduce habitualmente por “Abandona tu país”, pero cuya traducción literal debería leerse “Vete hacia ti”. “Viajarás por las dunas del desierto, se le dice a Abraham, con tal de que hayas entrado dentro de ti mismo, en el origen de todas las transformaciones verdaderas”.

Ese es el sentido que después da Wresinski al lema que había elegido en su ordenación sacerdotal. La primera parte era: “Vete mar adentro”, en referencia a un versículo de los Evangelios que se puede traducir, de forma igualmente exacta, por “avanza hacia aguas profundas”, donde llegamos, no por casualidad, al *Lekh lekha* escuchado por Abraham.

Al revés, pues, que Ulises y como Abraham, Wresinski subraya que es peligrosa para la liberación de los más débiles sujetarse a lo adquirido. Escribe, por ejemplo, que *el Movimiento (ATD Cuarto Mundo) es una búsqueda, no una respuesta*<sup>iii</sup> porque este Movimiento *no piensa tener la respuesta, (ni siquiera) decirla* (de los muy pobres).<sup>iv</sup> Y precisa así su pensamiento: *Un movimiento se organiza para permanecer en marcha, para vivir bajo la tienda,<sup>v</sup> exponerse en todos los sentidos.*<sup>vi</sup> De no ser así, afirma, *nos detenernos a medio camino y nos instalamos en una idea, en vez de seguir dejándonos empujar por los hombres.*<sup>vii</sup>

Se puede decir que Wresinski rechaza por eso mismo verse, a sí mismo o al Movimiento que ha creado, establecido, instalado, instituido en algún nuevo prêt-à-porter del pensamiento, en alguna nueva *ideología*, porque estos no podrían engendrar más que la esterilidad. En efecto, si es verdad que la ideología es una visión del mundo gracias a la cual se pueden comprender los acontecimientos de la historia, no importa qué acontecimiento vaya a confirmar. Intoxica hasta el punto de incapacitar para ver y comprender lo que no sea la propia ideología. Me parece que Wresinski había señalado este peligro mortífero y que había comprendido la necesidad de *dejarse empujar por los hombres*, dejándose así transformar por otros horizontes que los propios y que este era el camino esencial para mantenerse sin cesar en la búsqueda de los más humillados y entrar en una *comunidad de destino*<sup>viii</sup> con ellos, sin la cual todo intento de liberación no es más que apariencia engañosa.

Acabo de hablar de *camino*... Pero concretando, ¿cuál es este camino? Porque todo esto parece muy abstracto. A esta pregunta Wresinski no responde porque el territorio por el que se avanza carece de señalizaciones. Es preciso entrar en él, avanzar, continuar, sumergirse... Wresinski no indica

lo que descubriremos en él al avanzar: ningún encuentro de verdad puede ser programado ni programable.

Y sin embargo me parece que Wresinski da una indicación. En agosto de 1961 escribe lo siguiente: *ayudar al hermano es conocer el significado de su desesperación*,<sup>ix</sup> frase que, de una manera o de otra, Wresinski no cesará de comentar.

*Conocer el significado de la desesperación: ¿cómo pues conseguirlo?*, sobre todo si se entiende que el verbo “conocer” designa aquí mucho más un “entrar en el interior del significado de la desesperación” que un saber externo. ¿Cómo llegar hasta lo más profundo del ser abandonado, cuando nos es tan difícil llegar hasta nosotros mismos? La dificultad que recalco explica el refugio en el saber: puesto que no podemos entrar en el interior de lo que anima o destruye el ser mismo de los muy pobres, nos refugiamos en la eficacia comercial del recorrido explicativo de la sociología, de la psicología, de la filosofía o de la política... Es decir, buscarnos rutas ya trazadas...

Por el contrario, se trata de una exigencia, que no depende sólo de la voluntad, de permanecer interiormente lo bastante disponibles para entender las palabras y los silencios de quien sufre el absurdo sin llenarles inmediatamente de nuestra propia palabrería y de nuestras propias angustias.

Es decir, que este encuentro, este descubrimiento, ínfimo pero real, de la interioridad del otro que sufre, impone que inventemos en nosotros mismos (en el doble sentido de buscar y descubrir) las fuerzas necesarias, para hacer comprender en esta soledad del desesperado que, a pesar de lo que hoy es insuperable, su vida no es vana porque es irreemplazable. Lo cual, ya lo sabéis, conduce a vivir un combate interior para que lo intolerable del sufrimiento de los otros no nos sumerja ni nos encierre en el mutismo o la cobardía.

Este estilo, que va de interioridad en interioridad, resume para mí la contestación (la cuestión) radical aportada por Wresinski. Es, en efecto, en esta *presencia* en el “significado de la desesperación”, donde, para él, toda acción y todo proyecto deben encontrar su origen. Allí se encuentran el crisol y el fuego donde, todo en nuestras vidas, debería fortalecerse incesantemente.

Para mí, Joseph Wresinski es depositario de una exigencia que es una llamada tan radical que revela, desde el momento en que la formulamos, los fallos de nuestros proyectos y de nuestras responsabilidades. Esta exigencia de ir hasta el extremo nos hace vulnerables, mucho más de lo que desearíamos reconocer, porque es una manera de decir que a veces es nuestra propia actitud la que hay que analizar de nuevo, que hay que dejarse transformar. No es precisamente un paso adelante, es más bien otra cosa. Algo distinto, algo que rechaza los puntos de referencia fijos y que, por el contrario, está abierto a la aventura arriesgada del encuentro, más allá de los santuarios de nuestras cerrazones.

---

<sup>i</sup> Moshe-le-bedeau dirigiéndose a Elie Wesel cuando era niño en *La Nuit*, París, ed. de Minuit, 1958, pág. 17.

<sup>ii</sup> Joseph Wresinski, *Écrits et Paroles*, I, *Aux volontaires*, ed. St. Paul/Quart Monde, 1992, pág. 46.

<sup>iii</sup> *Les pauvres sont l'Église*, ed. du Centurion, 1983, pág. 195.

<sup>iv</sup> *Les pauvres sont l'Église*, *op. cit.*, pág. 204.

<sup>v</sup> *Les pauvres sont l'Église*, *op. cit.*, pág. 194.

<sup>vi</sup> *Les pauvres sont l'Église*, *op. cit.*, pág. 167.

<sup>vii</sup> *Les pauvres sont l'Église*, *op. cit.*, pág. 204

<sup>viii</sup> Esta expresión es utilizada con mucha frecuencia por Wresinski. No voy a aclarar aquí el significado sino a indicar una hipótesis. Esta expresión me parece que reside en el mismo universo interior de lo que René Macaire llama la “mutanza”, la *mezcla del crecimiento en interioridad de cada uno y de la innovación social a la que es invitado por este mismo crecimiento* (*La mutance. Clef por un avenir humain*, ed. L'Harmattan, 1989, pág. 21). En este punto habría que empeñarse en una investigación sobre el pensamiento y la experiencia de vida de Macaire cuya intuición es una fuente de realización sumamente innovadora. La “mutancia” es una crítica de los callejones sin salida a los que conduce la militancia.

<sup>ix</sup> *Écrits et Paroles*, *op. cit.*, pág. 46.